

### Capítulo 1

### El Despertar del Pastizal

El sol de los Andes, un disco dorado y generoso, se alzaba cada mañana sobre las cumbres nevadas, bañando de luz el valle y despertando a la pequeña comunidad de Quriñawi. Sayri, con apenas diez inviernos a cuestas, ya conocía el ritual. Antes de que los primeros rayos tiñeran de naranja el cielo, sus pequeños pies descalzos tocaban la tierra fría de su cabaña. El olor a leña quemada y a la infusión de muña se mezclaba con el aire puro y helado de la madrugada.

Su rebaño de llamas, de lanudas y mansas criaturas, lo esperaba paciente. Para Sayri, no eran solo animales; eran compañeros, confidentes silenciosos de sus pensamientos. Acariciaba el lomo de Wayra, su llama favorita, cuyo pelaje blanco como la nieve contrastaba con sus ojos profundos y sabios. Los pastizales se extendían como una alfombra esmeralda, salpicada de pequeñas flores silvestres que se aferraban a la vida en la altura. Aquí, el tiempo no era una línea recta, sino un círculo, marcado por el sol, la luna y el paso de las estaciones, dictado por las costumbres que sus ancestros habían honrado por milenios.

Sayri conocía cada sendero, cada roca, cada murmullo del viento. Había aprendido de su abuela, Mama Killa, que la montaña no solo era tierra y piedra, sino un ser vivo que respiraba. Le había enseñado los nombres de las plantas medicinales, las constelaciones que guiaban a los viajeros y las historias de los Apus, los espíritus protectores que residían en las cumbres. Sayri sentía esa conexión profunda en cada fibra de su ser; hablaba con los ríos, con los cóndores que planeaban majestuosos en lo alto, y creía escuchar la voz de las rocas antiguas. Era un niño con los pies en la tierra, pero el corazón suspendido en el misticismo de su hogar.

Aquella tarde, mientras el sol se despedía pintando el cielo de púrpuras y rojos intensos, Sayri regresó a la cabaña con sus llamas. La cena humeaba en el fuego, y las risas de sus hermanos llenaban el pequeño espacio. Sin embargo, al acostarse en su lecho de pieles, un sueño inusual lo atrapó. No era el vuelo de los cóndores ni el balido de las llamas. Era un murmullo. Un sonido apenas perceptible, como el roce de hojas secas en un día sin viento, o el susurro de un río lejano. Algo extraño, una discordancia en la armonía habitual de sus sueños, había roto la quietud de la noche andina. Despertó con un ligero escalofrío, la sensación persistente de algo importante a punto de revelarse.

### Capítulo 2

### Voces en el Viento Helado

Las noches siguientes, el murmullo se convirtió en una presencia más definida. Los sueños de Sayri no eran ya simples reflejos de su día, sino portales a un lugar etéreo, envuelto en una neblina plateada que olía a tierra mojada y a trueno lejano. En esa bruma, formas nebulosas, apenas discernibles como siluetas gigantescas, comenzaron a manifestarse. No tenían rostro, pero su presencia era imponente, antigua. Eran los Apus. Sus voces, al principio un eco distante, se hicieron más claras, arrastradas por un viento helado que Sayri podía sentir incluso en su sueño.

Le hablaban de un desequilibrio. De una herida que comenzaba a abrirse en el corazón de la Pachamama. "El pacto se desmorona", susurraban las voces, graves y resonantes como el rodar de las rocas. "El hombre olvida el camino. Debes restaurar el pacto, hijo de la tierra, antes de que la sombra lo devore todo". Le mostraron imágenes fugaces: ríos enrojecidos, árboles marchitos, un cielo oscurecido por el polvo. La urgencia en sus voces, una mezcla de tristeza y advertencia, lo hizo despertar sobresaltado, el corazón latiéndole con fuerza en el pecho.

Al amanecer, con la mente aún nublada por las visiones, Sayri buscó a Mama Killa. Su abuela, de piel curtida por el sol y los años, y ojos que guardaban la sabiduría de generaciones, tejía junto al telar, sus dedos ágiles danzando con los hilos de colores. "Abuela," comenzó Sayri, con la voz temblorosa, "los Apus me hablan en sueños. Dicen que hay un peligro. Dicen que debemos restaurar el pacto". Mama Killa detuvo sus manos, sus ojos se posaron en los de Sayri, profundos y escrutadores. Sonrió débilmente. "Los Apus hablan a quienes tienen el corazón puro, mi pequeño. Los sueños son el puente. Pero el mundo cambia, y los adultos escuchamos menos los susurros de lo invisible". Le preparó una infusión caliente de hojas de coca, acariciándole el cabello. "Un niño con sueños grandes", murmuró, una mezcla de cariño y resignación en su tono. Sayri sintió un nudo en el estómago. Mama Killa creía en los Apus, pero también veía la realidad. Para ella, era el don de un niño soñador, no una inminente profecía que requiriera acción inmediata. Sayri se sintió solo con la carga de las voces, la urgencia de los Apus resonando en sus oídos.

### Capítulo 3

### La Sombra en el Horizonte

Los días se deslizaron con una inquietante normalidad en Quriñawi, pero la inquietud de Sayri crecía. Las advertencias de los Apus se habían grabado a fuego en su mente. Mientras pastoreaba sus llamas, sus ojos, antes absortos en la majestuosidad de las montañas, ahora escudriñaban el horizonte con una nueva ansiedad.

Fue al atardecer, cuando la sombra de la montaña se alargaba sobre el valle, que lo vio por primera vez. Un ruido. No el rugido de un trueno lejano ni el estruendo de una roca desprendiéndose, sino un sonido metálico, sordo y persistente, que parecía vibrar a través de la tierra misma. Provenía del valle, mucho más abajo, donde las tierras se volvían más planas y áridas, lejos de los pastizales de Quriñawi.

Al día siguiente, mientras el sol aún no calentaba del todo el aire, Sayri vio los vehículos. Pequeños puntos negros que se movían lentamente en la distancia, dejando una estela de polvo. No eran los camiones de los comerciantes que ocasionalmente subían al pueblo, ni los vehículos de los turistas que rara vez se aventuraban tan adentro. Eran diferentes, más grandes, con una forma que no reconocía. Y luego, los hombres. Figuras diminutas, con cascos que brillaban bajo el sol, que se movían con un propósito. Observaban la tierra, el río, las montañas.

En la plaza de Quriñawi, las voces de los adultos se alzaron con curiosidad. "¿Han visto esos vehículos, Pachakuti?" preguntó un anciano. "Son forasteros, Apu Wayra. Parece que buscan algo en la tierra", respondió otro. Algunos hablaban de posibles beneficios, de la llegada de nuevas herramientas o medicinas. Otros, los más viejos, fruncían el ceño, una sombra de recelo en sus ojos. "La tierra nos da todo lo que necesitamos", murmuraba la abuela de Sayri a sus vecinas. "No necesitamos nada de fuera que no nazca aquí".

Sayri escuchaba en silencio, el corazón encogido. Sus visiones. El desequilibrio. La herida en la Pachamama. Todo se conectaba con lo que ahora veían sus ojos. La intuición, esa voz callada de la naturaleza que él siempre había escuchado, le gritaba que esos extraños eran la sombra. Eran la amenaza que los Apus le habían advertido. La urgencia, que hasta ahora había sido un susurro en sus sueños, se convirtió en un rugido sordo en su interior. Necesitaba actuar.

### Capítulo 4

### El Muro del Olvido

La semana siguiente fue una batalla silenciosa para Sayri. Los vehículos se hicieron más frecuentes, el ruido sordo, más cercano. La presencia de los hombres, aunque aún distante, se cernía como una nube. Sayri, con la desesperación creciendo en su pecho, intentó una y otra vez hacer que los adultos de Quriñawi comprendieran.

Sentado junto a su padre, un hombre robusto y trabajador que solo entendía el lenguaje de la siembra y la cosecha, Sayri insistió: "Padre, los Apus me han dicho que la montaña está en peligro. Que estos hombres la lastimarán. Debemos hacer la ceremonia, la antigua ceremonia para proteger la tierra". Su padre, con un suspiro cansado, le revolvió el cabello. "Sayri, hijo mío, tienes un corazón grande y una imaginación fértil. Pero esos hombres son solo ingenieros. Buscan minerales, sí, pero no tocarán nuestro pueblo. Las montañas siempre han estado ahí, y siempre lo estarán. Solo son sueños, pequeño. Hay que trabajar la tierra, eso es lo real". Su madre, siempre amorosa, pero práctica, también lo miraba con una dulzura que para Sayri se sentía como una barrera. "Estás creciendo, Sayri. Pronto tendrás más responsabilidades. Esas historias son para los cuentos junto al fuego, no para preocuparse por ellas durante el día".

Sayri se sintió como si estuviera gritando bajo el agua. Las palabras de los Apus eran tan claras para él, pero chocaban contra un muro de incredulidad, de pragmatismo. Los líderes de la comunidad, hombres y mujeres respetados por su sabiduría práctica, lo escuchaban con una sonrisa indulgente. Lo elogiaban por su pureza de corazón, por su conexión con los espíritus, pero descartaban sus advertencias como fantasías infantiles. Algunos incluso murmuraban que el muchacho era demasiado sensible, que sus sueños lo confundían con la realidad.

Se sentía completamente solo, cargando el peso de una profecía que nadie más parecía querer ver. La frustración lo quemaba por dentro. ¿Cómo podía la gente de Quriñawi, que tanto honraba sus tradiciones, ignorar una advertencia tan vital? Mientras deambulaba por la plaza, sintiendo el aislamiento, notó a Waman, el anciano más silencioso del pueblo. Waman, cuyo rostro era un mapa de arrugas y cuyos ojos, viejos y profundos, parecían haber visto el paso de mil años, lo observaba desde la sombra de una pared de piedra. No dijo nada, solo sus ojos se encontraron con los de Sayri, y en esa mirada, Sayri vio algo diferente. No era escepticismo, sino una profunda tristeza y una comprensión tácita. Fue solo un instante, pero sembró una pequeña semilla de esperanza en el corazón solitario de Sayri. Alguien, quizá, no lo consideraba un simple soñador.

### Capítulo 5

### El Llamado de los Senderos Ancestrales

La negación de los adultos, aunque dolorosa, solo sirvió para fortalecer la determinación de Sayri. Si ellos no actuaban, él lo haría. Las voces de los Apus se habían vuelto más urgentes, casi un lamento. La imagen de la ceremonia antigua, incompleta y fragmentada en sus sueños, se manifestaba con una claridad cada vez mayor. Sabía que no podía esperar más.

Una noche, cuando la luna llena plateaba los picos andinos, Sayri preparó su partida. Con cuidado, eligió los objetos que lo acompañarían. Primero, un pequeño costal tejido por su abuela, donde guardó un poco de quinua tostada, algunas hojas de coca para el camino y un poco de queso. Luego, de su pecho, sacó el pequeño *chuychu* (amuleto) de piedra que Mama Killa le había dado de bebé, tallado con la imagen de un cóndor. Lo había visto en sus sueños, brillando con una luz tenue. Finalmente, se armó de valor para tomar el *wachi*, el silbato de hueso de llama que su padre usaba para reunir al rebaño, un objeto simple pero significativo de su herencia pastoril. Lo ató a su cuello con un trozo de lana.

Salió sigilosamente de la cabaña, sin hacer ruido. Sus ojos se detuvieron en Wayra y el resto del rebaño, durmiendo pacíficamente bajo la luna. Acarició suavemente el lomo de Wayra, sintiendo el calor de su pelaje. "Regresaré, amiga", susurró. "Protegeré nuestro hogar". El aire frío de la madrugada le mordía las mejillas, pero Sayri no sintió el frío, solo la punzada de la misión.

Miró las siluetas imponentes de las montañas, los Apus que ahora lo guiaban no solo en sueños, sino en la realidad. Las indicaciones de sus visiones eran difusas, pero se concentraban en la dirección de los picos más altos, donde se decía que residían los espíritus más poderosos. Respiró hondo, un aliento que era a la vez un adiós y una promesa. Con un valor que superaba su corta edad, Sayri se adentró en los senderos apenas visibles que ascendían por la ladera, dejando atrás la paz de su pueblo para enfrentar el llamado de sus ancestros y el destino de su gente. Cada paso era una afirmación de su fe, cada sombra, un paso más cerca de lo desconocido.

### Capítulo 6

### El Encuentro con la Guardiana

Sayri ascendía, sus pequeños pulmones ardiendo con el esfuerzo en la rareza del aire andino. El camino se hizo más empinado, las rocas más grandes, la vegetación más escasa. Pero la naturaleza, aunque agreste, también se sentía más viva, pulsante con una energía ancestral que solo él parecía percibir. El ruido sordo de la maquinaria de la minera, que de vez en cuando lo alcanzaba como un eco lejano, le recordaba la urgencia de su viaje.

Había pasado la mañana, el sol de mediodía se cernía sobre él. Sayri se detuvo, exhausto, junto a un pequeño arroyo de aguas gélidas. Mientras bebía, un movimiento en la lejanía captó su atención. Al principio, pensó que era una roca que rodaba, pero luego la vio. Una vicuña. No una vicuña común, de pelaje color canela, sino una con el pelaje tan blanco como la nieve virgen, y ojos de un azul tan intenso que parecían reflejar el mismísimo cielo. Sayri nunca había visto una igual. Era la vicuña albina, un animal sagrado, protector de las alturas según las leyendas.

La vicuña lo miró, no con temor, sino con una curiosidad apacible. Luego, con un movimiento elegante, se giró y comenzó a caminar lentamente ladera arriba, mirando hacia Sayri de vez en cuando, como invitándolo a seguir. Sayri, con el corazón lleno de asombro y una renovada fe, supo que era una señal. La "Guardiana" de sus sueños. Se puso de pie, su cansancio olvidado, y siguió a la criatura.

La vicuña lo condujo por senderos que no aparecían en ningún mapa, a través de estrechas gargantas y colinas cubiertas de ichu. Finalmente, después de horas de ascenso, la vicuña se detuvo ante una formación rocosa que Sayri nunca habría notado. Era la entrada de una cueva, casi oculta por la vegetación y el musgo. Un velo de finas cascadas caía sobre la boca de la cueva, dándole un aspecto mágico, como si fuera un portal a otro mundo.

La vicuña albina lo miró una última vez, sus ojos azules fijos en los suyos, antes de desaparecer entre las rocas y la bruma. Sayri sintió un respeto reverencial. Había sido guiado. Con un nudo de emoción en la garganta, se adentró en la cueva, el sonido de las cascadas llenando el aire, la débil luz del exterior revelando grabados antiguos en las paredes. El aire dentro era fresco, cargado de un olor a tierra húmeda y a tiempo inmemorial. Aquí, sintió, el primer secreto de la ceremonia lo esperaba.

### Capítulo 7

### El Secreto del Agua Sagrada

La cueva era un santuario natural, un vientre de la montaña que protegía sus secretos. El aire, denso y frío, vibraba con una energía que Sayri nunca había sentido. Sus ojos se adaptaron a la penumbra, y la luz tenue que se filtraba por las cascadas y algunas grietas en el techo iluminaba formaciones rocosas que parecían estatuas vivientes. En el centro, una pequeña piscina natural de agua, tan cristalina que reflejaba la escasa luz como un espejo de obsidiana.

Sayri se acercó con reverencia. El agua estaba inmóvil, pero parecía respirar. Guiado por una intuición profunda, se arrodilló y tocó la superficie. Al instante, una ola de visiones lo envolvió, más intensas y coherentes que nunca. Vio a un hombre anciano, con vestiduras tradicionales y un rostro surcado por la edad, realizando una compleja danza junto a una fuente de agua. A su alrededor, la comunidad de Quriñawi, vestida de fiesta, participaba en un ritual de ofrenda a la Pachamama. Había cantos, sahumerios y el sonido rítmico de tambores. La visión le mostró los elementos clave de la ceremonia: la ofrenda de hojas de coca, el maíz sagrado, las plumas de cóndor, la llama blanca y, sobre todo, la bendición del agua.

Las imágenes se sucedían rápidamente, revelando los pasos exactos del rito: la dirección en que debían girar, las palabras que debían pronunciar en quechua antiguo, la forma de esparcir las ofrendas. Vio el lugar final de la ceremonia: una planicie elevada, flanqueada por tres picos que se alzaban como guardianes. Era un lugar que solo conocía por los relatos de su abuela, un sitio al que los niños tenían prohibido acercarse. La visión final fue la del anciano, que no era otro que el ancestro de su propio linaje, alzando sus manos hacia el cielo, mientras el agua de la laguna se elevaba en espiral, formando un torbellino de luz que se conectaba con las estrellas. Cuando la visión se desvaneció, Sayri jadeó, su cuerpo empapado en sudor frío a pesar del ambiente gélido. Había recibido el conocimiento. La ceremonia, el *Taqi Onqoy*, el "Canto de la Conciencia", ahora estaba clara en su mente.

### Capítulo 8

### El Eco de los Antepasados

Con la cabeza zumbando de revelaciones, Sayri salió de la cueva, el sol ya alto en el cielo. La urgencia de la profecía lo impulsó a seguir adelante. Su siguiente destino eran las ruinas de Inti Punku, el "Portal del Sol", un antiguo observatorio y centro ceremonial incaico, olvidado por la mayoría, pero cuya ubicación Mama Killa le había mencionado alguna vez en sus cuentos.

El ascenso fue arduo, pero el *chuychu* en su pecho parecía vibrar, guiándolo. Finalmente, vio las imponentes estructuras de piedra, carcomidas por el tiempo pero aún majestuosas, encaramadas en un acantilado con vistas al vasto horizonte andino. El viento silbaba a través de las rendijas de las antiguas construcciones, un sonido que para Sayri se sentía como el eco de voces milenarias.

Se sentó en el centro de lo que parecía haber sido una plaza ceremonial, cerró los ojos y se concentró en los susurros de los Apus y las imágenes del *Taqi Onqoy*. Al meditar, los espíritus de los ancestros, como brisas frías y cálidas a la vez, se hicieron presentes. No eran visiones, sino sensaciones: la fuerza de aquellos que construyeron estas piedras, la fe inquebrantable en la Pachamama. Se le reveló la verdadera magnitud de la amenaza. La empresa minera, a la que las visiones le dieron un nombre, "Minera Cóndor Dorado", no solo buscaba extraer metales de la tierra. Su avaricia, su perforación, su desprecio por la vida, no solo devastaría el paisaje físico, sino que desgarraría el *Pachakuti*, el equilibrio cósmico de los Andes.

Los ancestros le mostraron un futuro sombrío: ríos envenenados, cosechas secas, enfermedades que no tenían cura en las medicinas tradicionales. Y, lo más aterrador, la ruptura del velo entre el mundo humano y el espiritual. Los Apus se debilitarían, los espíritus errantes se desatarían, y el mismo cielo podría negarse a derramar la lluvia. La ceremonia no era solo un rito de protección; era una restauración cósmica, un intento desesperado de sanar la herida antes de que se volviera una gangrena irreversible. Sayri sintió el peso de generaciones sobre sus pequeños hombros. Comprendió que la lucha no era solo por su pueblo, sino por la esencia misma de los Andes.

### Capítulo 9

### El Asedio del Gigante Metálico

El descenso de Sayri de las alturas fue rápido, impulsado por una nueva y aterradora claridad. Cuando llegó a las afueras de Quriñawi, la imagen que lo golpeó fue desoladora. La "Minera Cóndor Dorado" ya no era una sombra distante. Un campamento base se había extendido como una plaga en la base del valle, un enclave de tiendas de campaña de lona gris, contenedores metálicos y, lo más ominoso, un ejército de vehículos pesados: excavadoras gigantes, camiones polvorientos y perforadoras con brazos de grúa que se alzaban como esqueletos de monstruos. El ruido sordo que antes era un murmullo ahora era un rugido constante, un cáncer metálico que carcomía la paz del valle.

El aire, antes prístino y fresco, ahora llevaba un tenue olor a diésel y a tierra removida. La rutina del pueblo estaba destrozada. Los hombres de la minera, algunos con uniforme, otros vestidos de civil, se movían con una eficiencia impersonal. Se veían extraños con sus cascos protectores y sus botas pesadas, un contraste brutal con los ponchos de colores y los sandalias de los aldeanos.

En la plaza, las voces de los adultos ya no eran de curiosidad. Eran de discusión, de recelo y, para algunos, de una nueva esperanza engañosa. "Prometen trabajo, Pachakuti. Dinero para la escuela de los niños, para medicinas," decía un joven con una chispa de ilusión en los ojos, señalando un panfleto brillante con imágenes de familias felices. "¿Y a qué precio, Warmi?" replicó una mujer mayor, señalando el polvo que ahora cubría sus cultivos. "El río ya no es el mismo. El agua sabe diferente." Los representantes de la minera habían llegado al pueblo con ofertas, con palabras dulces sobre el "progreso" y el "desarrollo". Hablaban de electricidad, de nuevas carreteras, de un futuro brillante. Pero Sayri veía los ojos vacíos de algunos hombres que habían vuelto del campamento, el cansancio en sus rostros, el polvo impregnado en su ropa. Sabía que esas promesas eran un veneno disfrazado.

Sayri se detuvo en el umbral de su cabaña, sintiendo la vibración en la tierra. La amenaza no era lejana, estaba en su puerta. La tensión en Quriñawi era un nudo apretado, una bomba de tiempo. Había regresado justo en el momento más crítico. La inocencia de su pueblo se desmoronaba bajo el asedio del gigante metálico.

### Capítulo 10

### La Semilla de la Dudosa Esperanza

Sayri se enfrentó a un pueblo dividido. Con el corazón en la mano, intentó compartir las revelaciones de su viaje: las visiones del *Taqi Onqoy*, la advertencia de los ancestros sobre la ruptura del *Pachakuti*, la contaminación del agua, la tierra. Habló de la vicuña albina, de la cueva oculta, de los ritos antiguos. Pero la desesperación por las promesas de la Minera Cóndor Dorado, y la inmediatez de sus problemas diarios, eran más fuertes que los ecos de la antigüedad.

"Sayri, hijo, esos son cuentos de viejos para asustar a los niños," dijo su padre, su voz teñida de una frustración que no era ira, sino cansancio. "Estos hombres traen comida, traen trabajo. Nuestros hijos están enfermos, nuestras cosechas no rinden como antes. ¿Qué nos dan tus sueños?" Algunos jóvenes, deslumbrados por el brillo del dinero y las baratijas que los mineros ofrecían, se burlaban abiertamente de Sayri. "¿Todavía juegas a los espíritus, pequeño pastor? Es tiempo de mirar al futuro, no al pasado." Sin embargo, no todos estaban ciegos. Mama Killa lo escuchaba con ojos entristecidos, sabiendo en su corazón la verdad de las palabras de su nieto. Y luego estaba Waman.

El anciano Waman, de quien Sayri había sentido una conexión silenciosa, se acercó a él una tarde, mientras el sol se ponía. Sus pasos eran lentos, pero su mirada, intensa. "El sol se oculta, Sayri," murmuró Waman, su voz áspera como la corteza de un árbol viejo. "Y la sombra se extiende. Veo tu corazón. Es puro. Lo que has visto es verdad." Sayri sintió un alivio inmenso. Alguien lo creía. "Pero los ojos de nuestra gente están nublados por el hambre y la promesa de un brillo falso," continuó Waman. "La ceremonia… es poderosa, sí. Pero requiere más que solo la fe de un niño." Waman sacó de su *ch'uspa* (bolsa de lana) un pequeño objeto. Era una estatuilla de piedra tallada, la representación de un Puma, antiguo protector de la fuerza y la sabiduría. Estaba erosionada por el tiempo, pero Sayri sintió una energía cálida emanar de ella. "Este Puma es el guardián de la *Qhapaq Ñan*, el camino sagrado que lleva al lugar del rito final," explicó Waman. "Solo aquellos con un espíritu fuerte pueden seguirlo. La última pieza de tu rompecabezas está allí. Y recuerda, pequeño, la Pachamama siempre encuentra una manera de susurrar su verdad, incluso a aquellos que han olvidado cómo escuchar." Sayri tomó la estatuilla, sintiendo su peso, no solo físico, sino ancestral. La semilla de una esperanza dudosa, pero real, había sido plantada en el corazón de la desesperación.

### Capítulo 11

### La Carrera Contra el Tiempo y la Traición

Con el Puma de piedra en sus manos y la guía de Waman, Sayri sintió una renovada urgencia. El anciano le reveló que el lugar de la ceremonia final, la planicie de los Tres Guardianes, no solo era sagrado, sino que ahora era el objetivo principal de la Minera Cóndor Dorado. Era la zona más rica en el mineral que buscaban. El tiempo se agotaba.

"Necesitarás la *Flor de Qantu*, que solo florece en la cima de Inti Punku al amanecer, y el *Cristal de la Pachamama*, escondido en las cascadas de Wayra Huasi," instruyó Waman. "Y, lo más importante, la *Tierra Sagrada* del primer manantial de Quriñawi, que ahora está bajo el ojo vigilante de la minera."

Sayri se puso en marcha con el corazón palpitando. No estaba solo esta vez. Tres niños del pueblo, un poco mayores que él —Chayna, una niña rápida y astuta; Illari, un muchacho fuerte y silencioso; y Kantu, la más pequeña, pero con una increíble habilidad para moverse desapercibida—, habían sido testigos de su conversación con Waman y, fascinados por la aventura y la convicción de Sayri, decidieron unirse a él en secreto. Eran sus "ejércitos" silenciosos.

La primera misión fue la Flor de Qantu. Ascendieron Inti Punku bajo la luna, sus linternas improvisadas apenas perforaban la oscuridad. Al amanecer, Sayri, con Chayna ayudándole a escalar, logró alcanzar la flor púrpura que brillaba con una luz etérea. Justo cuando la recogía, el sonido de un dron de la minera sobrevoló la zona. Se agacharon, ocultándose entre las rocas, escuchando el zumbido metálico, conscientes de que la empresa vigilaba cada movimiento.

Luego, las cascadas de Wayra Huasi. El Cristal de la Pachamama estaba incrustado detrás de una cortina de agua gélida. Illari, con su fuerza, ayudó a Sayri a mover la roca que lo ocultaba, mientras Kantu, sigilosa como un zorro, vigilaba la aparición de patrullas mineras que se movían cada vez más cerca de los caminos tradicionales. Lograron obtener el cristal, que brillaba con una luz propia, sintiendo la presión de la minera pisándoles los talones.

La parte más peligrosa fue la Tierra Sagrada. El manantial estaba cerca del campamento principal de la minera, cercado y vigilado. Sayri y sus pequeños aliados idearon un plan. Kantu, distrayendo a un guardia con un "juego" inocente, permitió que Sayri e Illari se arrastraran por debajo de la cerca para recoger un puñado de tierra del primer brote del manantial. Una alarma sonó en la distancia. Habían sido detectados. Corrieron, usando su conocimiento de los atajos y las grias en el terreno para evadir a los mineros que se acercaban con linternas y radios. La tensión era insoportable, cada paso una lucha por la supervivencia. Estaban listos, los elementos reunidos, pero el tiempo se agotaba y la minera se cerraba sobre ellos.

### Capítulo 12

### El Rito Inconcluso y la Advertencia Final

Sayri y sus tres valientes aliados llegaron a la planicie de los Tres Guardianes bajo un cielo que comenzaba a teñirse de anaranjado y púrpura. El sol se ponía, un disco sangriento sobre los picos que se alzaban como sentinelas mudos. El lugar era de una belleza sobrecogedora, pero el rugido constante de la maquinaria de la Minera Cóndor Dorado, ahora peligrosamente cerca, rompía la serenidad.

Con manos temblorosas pero decididas, Sayri colocó la Flor de Qantu, el Cristal de la Pachamama y la Tierra Sagrada en el centro de un círculo de piedras antiguas. Con la guía mental del *Taqi Onqoy* y el *wachi* en sus labios, comenzó los cánticos en quechua antiguo, los sonidos ancestrales resonando en el aire enrarecido. Chayna, Illari y Kantu, aunque nerviosos, seguían sus instrucciones, ayudando a esparcir las hojas de coca y a encender el sahumerio con hierbas secas.

Los Apus respondieron. La tierra debajo de ellos vibró. El viento se arremolinó, levantando polvo y hojas en una danza mística. Desde los picos, una luz tenue, casi imperceptible para ojos no puros, comenzó a descender, envolviendo la planicie. Sayri sintió el poder de los ancestros fluyendo a través de él, la conexión con la Pachamama más fuerte que nunca. Estaban a punto de sellar el pacto, de restaurar el equilibrio.

Pero en ese momento culminante, una explosión ensordecedora sacudió la montaña. Un ruido metálico y desgarrador, seguido por el estruendo de rocas cayendo. La minera había iniciado una gran voladura, perforando el corazón de la montaña, peligrosamente cerca de la planicie. El suelo tembló violentamente. Sayri perdió el equilibrio, la estatuilla del Puma cayó de su mano, y el círculo de ofrendas se rompió.

Una grieta se abrió en la tierra a pocos metros de ellos, exhalando un vapor tóxico. Un pequeño deslizamiento de tierra comenzó a descender por la ladera adyacente, amenazando la parte baja del pueblo de Quriñawi. El agua del manantial sagrado, que antes fluía pura, ahora burbujeaba con una espuma extraña y un color rojizo. La Minera Cóndor Dorado había interrumpido el rito, y la tragedia profetizada se manifestaba.

Sayri, magullado y con el corazón destrozado, logró levantarse. La luz de los Apus se retiraba, pero no sin una última y clara advertencia. En su mente, una voz poderosa, no un susurro, sino un eco retumbante, le dijo: "El pacto ha sido herido, Sayri. No fue completado. Tú eres ahora nuestro único puente. La oscuridad se cierne. Tu viaje no ha terminado. Prepárate, hijo de los Andes, pues la verdadera batalla apenas comienza."

Sayri miró hacia las cumbres nevadas, donde la luz de los Apus había desaparecido. Luego, giró su mirada hacia el campamento de la minera, cuyas luces parpadeaban en la penumbra creciente. El destino de Quriñawi, y quizás de todos los Andes, pendía de un hilo. La temporada había terminado, pero su misión, su verdadera aventura, apenas empezaba. Con determinación ardiendo en sus ojos, el joven pastor se preparó para lo que vendría, la voz de los Apus resonando en su alma.